



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

5 de mayo de 1888

Núm. 27



GUILLERMO Y SU PIE



## LOS DOS AMIGOS



URSABAN el segundo año de latín, y eran los dos camaradas de su clase; siendo su amistad tal y tan íntima que, á pesar de tener los dos niños un carácter completamente opuesto, siempre obraban cual si les animara una sola voluntad. En su vagar ¿qué habían de hacer? Sencillamente lo que hacen todos los niños poco afectos á juegos y travesuras: hablar del porvenir, esa hermosa nube de color de rosa, más radiante y seductora cuanto de más lejos y con mayor buena fe se la contempla.

Como era natural, los dos habían manifestado ya sus respectivas simpatías por determinadas carreras. Julio optaba por la de ingeniero, y Luis por la de medicina. Discutían ambos amistosamente sobre cuál de ellas prometía mayores resultados; y al convenir en que eran muy brillantes las dos, Julio, llevado de su implacable vanidad, aseguraba que la de su elección era la indicada para estudiarla únicamente los jóvenes de excepcional talento.

—Papá lo dice siempre,—añadía;—yo tengo grandes condiciones. Tal vez llegue, con el tiempo, á ser una legítima notabilidad.

Y, al hablar así, el muchacho saboreaba la frase cual si acabara de rendirle se el más merecido elogio.

Por lo regular sus charlas versaban siempre sobre el mismo asunto, que indudablemente hubiera continuado siendo el predilecto de sus pláticas si una circunstancia cuasi inevitable no hubiese alterado la amistad de aquellos hombres del porvenir. Al final de curso alcanzó el ingeniero en ciernes un *suspense* que le fué nuevamente otorgado en los exámenes de setiembre; y como Luis había hecho brillantísimos exámenes al ingresar en diversas clases, tuvieron que separarse forzosamente. Veíanse fuera de las aulas; y su amistad, si no tan íntima, continuaba siendo cordial.

Al cabo de dos años, cuando después de los más lucidos exámenes ganaba Luis su título de bachiller, una desgracia terrible é inesperada amenazó desbaratar cruelmente sus hermosas ilusiones. Su padre había muerto; y falta de recursos su madre, carecía de medios para atender á la carrera de Luis; pero éste tenía voluntad firme, alma bien templada para resistir los embates de la suerte, y corazón tan noble y generoso que, lejos de desfallecer ni abrumarse al peso de las contrariedades, parecía agrandarse en la desgracia, creciendo en él la abnegación y el heroísmo.

No tenía medios para estudiar su carrera. El buscaría. Sabía que el dinero ganado con el sudor de la frente es el más honrado que percibe el hombre, y trabajó el mísero con mejores deseos que éxito. Las horas que tenía libres las empleaba haciendo de amanuense. Los días festivos ayudaba en una barbería.

En su infortunio perdió á sus amigos. Era natural que así fuese, y Luis apenas si dió importancia al comportamiento de sus antiguos camaradas. Lo que sí sintió de veras fué perder la amistad de Julio, del amigo que tan cariñosamente en mejores días le quiso. Largo tiempo hacía que no le veía, y esto era la única contrariedad que le apenaba; pero ¿cómo le había de ver? Los círculos que Julio frecuentaba eran para él infranqueables. Donde él iba, iban los vagos y los desocupados, los que nacen para eternos aduladores de los poderosos. Después de haber sido cuatro ó cinco años alumno del segundo año de



latín, Julio cayó en la cuenta de que su padre era muy rico. ¿Para qué estudiar entonces? ¿Qué mejor carrera que la de heredar á su padre?

Una mañana, hacía ya tres años que Luis no veía á su amigo, cuando al acaso entró éste en la barbería donde el estudiante de medicina prestaba sus servicios. Al verle sintió Luis una verdadera alegría, diciéndole con espontánea efusión:

—Julio: ¡cuánto me he acordado de ti!

Este contestó con tan desdeñosa indiferencia al saludo de Luis, que éste, herido en lo más delicado de su amor propio, sintió que dos ardorosas lágrimas abrasaban sus pupilas.



Los patos

Desde aquel día se alejó por completo del trato de sus antiguos camaradas: todo su afecto, toda la ternura de su amante corazón, lo consagró á su bondadosa madre. Ella fué su sola confidente; ella la que con el suavísimo bálsamo de sus santas reflexiones sanaba las heridas que sangraban en su maltratado corazón. Sus tristezas, sin embargo, no fueron muy duraderas; pues, después de unos brillantísimos exámenes, ganó Luis su licenciatura y su doctorado, y más tarde el primer puesto en las oposiciones que hizo para ingresar en el ejército. Al poco tiempo pasó con su madre á Zaragoza, en cuyo hospital militar debía prestar sus servicios, inaugurándolos con tan feliz éxito que muy pronto fué el médico de moda de la capital aragonesa.

Una mañana, al pasar como de costumbre la visita á su clínica, sorprendióse extraordinariamente á la vista de un soldado que cuasi moribundo ya-



cía en modestísimo lecho. Luis le miró con indecible asombro. El enfermo, a su vez, le miraba con amarguísima angustia, y, con tanto cariño y dulzura como el doctor lo pronunciara un día,

—Luis,—exclamó;—¡cuánto me he acordado de ti!

Luis no contestó á la cariñosa expresión con palabras desdeñosas ni humillantes: al contrario, desde luego dispuso que el enfermo fuese atendido con el mayor esmero, y, á consentirle su estado, le hubiera trasladado á su propia casa; pero, no siendo esto posible, constituyóse en su enfermero. En los momentos que la fatiga dejaba hablar al enfermo, refirióle éste lo adversa que la fortuna había sido á su padre en los últimos tiempos. Una quiebra primero, y una enorme é inesperada baja después en los valores públicos, habían arruinado de tal manera á su familia, que hasta de recursos careció para redimirle del servicio de las armas. Habíale tocado salir á campaña en persecución de los carlistas; y las fatigas y penalidades de marchas repetidas, y el haber tomado parte en diversas acciones, habían quebrantado profundamente su salud.

—Yo no sabía trabajar,—decía el triste;—no era útil para nada. Fiaba ciegamente en la herencia de mi padre, desconociendo que la sola herencia positiva es el fruto del trabajo.

Tarde lo conoció el que fué aturdido estudiante y amigo olvidadizo. ¡Conociólo cuando no podía poner en práctica la hermosa máxima, eso es, en la última noche de su vida!

A. OZORES



Presunción



## ZARAGOZA

Como todos podéis ver, se ha hablado de los viajes de Colón, de Alejandro, y de mil hechos; pero todavía no hemos hablado nada de Zaragoza, que tanto valor mostró en la guerra de la Independencia. Es menester, pues, destinar un rato para hablar de ello, y para explicaros con el valor que defendió Agustina de Aragón á la insigne ciudad. ¿No os parece que fué un hecho arriesgado? ¿No os parece también que nunca se escapará de la memoria del pueblo aragonés? Cualquiera de vosotros que haya estado en Zaragoza, habrá visto la iglesia de Santa Engracia, reducida á escombros, y construída debajo de tierra. Esto es debido al ataque de los franceses en 1808. Relataré, pues, un episodio de la guerra de la Independencia.

El primero de julio, Verdier, que dirigía las tropas francesas, ordenó un ataque contra Zaragoza. Las puertas de Sancho, Portillo, Carmen y Santa Engracia se hallaban heroicamente defendidas por oficiales como Marcó del Pont, Renovales, Larripa y algunos otros; pero fueron completamente batidos por los franceses, reduciendo á escombros multitud de edificios. Donde más arreció el fuego fué en la del Portillo; siendo tal el estrago que hicieron, que fueron muertos todos los que defendían los cañones, quedando éstos solos, sin nadie que se acercase á dispararlos.



El ratoncito

Esto dió lugar á una proeza insigne, de esas que dejan siempre perpetua memoria, y que se oyen y se citan como una maravilla. Una joven de veintidós años de edad y de agraciado rostro, viendo que una columna enemiga se disponía á entrar por aquel lugar desamparado, y que ninguno de los artilleros que antes ocupaban los cañones se presentaba para hacer fuego contra ellos, con una completa resolución quitó de la mano de uno de los que se hallaban tendidos en el suelo una mecha que se hallaba todavía encendida, y con ánimo varonil la aplicó sobre un cañón de veinticuatro, cargado de metralla, destruyendo á la columna francesa. La heroína, que se llamaba Agustina Zaragoza, se dispone á no abandonar la batería mientras le quede vida. Aquel ejemplo de valor vigoriza á los soldados, que, cogiendo de nuevo las mechas, volvieron á ocupar la batería. El general Palafox le dió insignias de oficial, una cruz y una pensión vitalicia. Para mayor fortuna, D. Jerónimo Piñeiro y D. Francisco Rosete, oficiales de artillería, se presentaron fugados de Barcelona, y, sin darse descanso, tomaron á su cargo cada uno una batería, y mantuvieron el fuego y causaron grandes estragos en los ejércitos enemigos, hasta que, entrada la noche, los franceses suspendieron el ejercicio de cañón, pero no el bombardeo. ¡Pocas provincias se han defendido tan heroicamente como Zaragoza! ¡Pocos hechos históricos hay tan notables como éste! Pero ¿quién le dice al Aragón que, si vinieran de nuevo los franceses, no se presentaría otra Agustina que los derrotara?



\*\*

Dejemos ahora á la guerra de la Independencia, y hablemos de las bellezas de la ciudad. Apenas se sale de la estación, se presenta ante la vista el templo del Pilar, bañado por las aguas del Ebro. Se atraviesa un viejo puente de piedra sobre dicho río, y nos encontramos en la población. Al principio Zaragoza parece triste y silenciosa, mas al entrar en la calle del Coso empieza á verse la animación. El paseo de Santa Engracia es una especie de *boulevard* curvo, donde se concentra todo el gentío. Sus hermosos porches, y los esta-



El ratoncito

blecimientos en ellos situados, le dan un bonito aspecto. El coliseo de Pignatelli, magnífica obra, situado en un extremo del paseo, puede competir con cualquiera otro teatro de verano. Enfrente á él se ve una estatua del canónigo Pignatelli, ministro de Carlos III, en actitud de contemplar su gran obra, el canal imperial de Aragón. ¡Cuántos disgustos le acarreó la obra con que se propuso y consiguió hacer la felicidad de sus paisanos! Pasando la puerta de Santa Engracia, se va á salir á un alegre camino que sirve de paseo, el cual termina en un pueblo, ó, mejor dicho, en una reunión de casas. En este sitio al que se le da el nombre de Torrero, es donde se halla la magnífica obra de Pignatelli, el canal imperial. Un pequeño vaporcito recorre por él una hora de camino, admitiendo pasajeros. Este es un verdadero paseo, que recomiendo á mis lectores si van á Zaragoza.

\*\*

Una de las primeras visitas que el viajero hace en Zaragoza es el templo del Pilar, una de las más privilegiadas basílicas de la cristiandad. Fundóla-



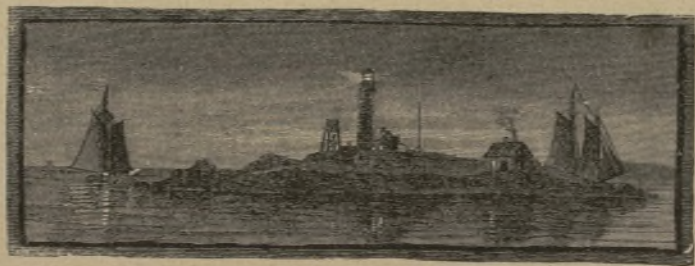
según tradición piadosa, el apóstol Santiago en persona; y en aquel sitio es donde se le apareció la Virgen María, dejando como testimonio de su presencia su propia imagen sentada sobre un pilar de piedra. La construcción del templo actual data del año 1686. Consiste en un hermoso edificio de planta rectangular, terminando en once cúpulas de tejas ó azulejos de distintos colores. El interior del templo está dividido en tres grandes naves. En primer lugar, nada más entrar al templo, se encuentra la célebre capilla, en la que se halla la Santa Imagen, situada en un lado del templo y aislada en la nave central. En una de las capillas de este templo yace en soberbio monumento el cadáver del general Enna, muerto en la isla de Cuba defendiendo la integridad de la madre patria.

A poca distancia de esta iglesia se encuentra la catedral de la Seo, no tan visitada como la anterior, á pesar de ser mucho más digna de serlo bajo el punto de vista del arte. La fachada de ese templo, de estilo grecorromano, no carece de majestuosas proporciones. Mas, por muy feliz que sea su exterior, no puede competir con la grandiosidad y riqueza de su parte interna. El trascoro, obra de los escultores Tuledilla y Ancheta, merece ser visto con detención. El altar mayor es de alabastro primorosamente trabajado. En el recinto de esta catedral fueron ungidos los reyes D. Pedro III, Alfonso III, Jaime II, Alfonso IV, Pedro IV, Juan I, el amador de la gentileza; Martín I y Fernando I *el Honesto*. En este templo fué asesinado el inquisidor Pedro Arbués, herido de una puñalada cuando se dirigía al coro empezados los Divinos Oficios.

\*  
\*\*

En la plaza de San Felipe se halla situada una torre de elevación extraordinaria, y que el país la llama *la Torre Nueva*. Esta torre es notable por su elegancia en adornos, muchos de ellos de estilo arabesco, y tiene una inclinación de unos tres metros. Pero ¿para qué uso se construyó esta torre? Y ¿fué inclinada cuando se construyó, ó se ha ido inclinando ella lentamente? A estas preguntas no se puede contestar de un modo absoluto. Su destino pudo ser, ó bien como medio de defensa ó bien como punto de vigilancia de ciertos servicios. Ahora, lectores, os recomiendo que hagáis un viaje, aunque corto, á la heroica Zaragoza, y que visitéis principalmente los edificios que nombro en estas cortas líneas.

ALBERTO CASAÑAL







## EL MAR Y LA FUENTE

Imitación de Víctor Hugo

Desde una roca eminente  
que el mar con su furia azota,  
se desliza gota á gota  
una cristalina fuente.

Y la mar, siempre temida  
del infeliz navegante,  
con voz ronca y atronante  
le dice, de orgullo henchida:

— ¡Me estás haciendo una ofensa!  
¡Necia, vas á incomodarme!  
¿Qué quieres, llorona, darme  
á mi, en caudales inmensa?

Y la fuente, que escuchó  
las frases del oceano,  
sin tanto estrepito vano,  
así, humilde, contestó:

— ¿Á qué viene el ofenderse?  
Yo bajo desde esta roca  
sólo por darte una poca  
de agua que pueda beberse.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE





## LA PESETA

D. Eduardo es un maestro de niños tan docto como bondadoso, que enseña prácticamente la virtud á sus discípulos.

Un día de fiesta los reunió para dar un paseo, y antes de salir á la calle les dijo, sonriendo amablemente:

—He aquí, hijos míos, una peseta, que será para aquel que proponga el mejor empleo que pueda hacerse de ella.

Y dejó la moneda sobre la mesa, mientras los niños palmoteaban aplaudiendo tan oportuna ocurrencia.

—Orden ante todo, y siempre formalidad y juicio,—dijo el maestro im-



Los tres pescadores

niendo silencio.—Vamos á ver, Luisito,—añadió dirigiéndose al muchacho que le pareció más sentido: ¿qué destino le darías tú á una peseta?

—¿Yo?—contestó el niño, indeciso.

Y miró al techo, y luego al suelo, y después á sus condiscípulos, y por fin cerró los ojos.

—Vamos, tú no sabrías qué hacer de tanto dinero,—dijo el maestro sonriendo.—Y tú, Fermín, ¿en qué emplearías la peseta?

—Yo la guardaría para...

—¿Para qué?

—Para las ocasiones.

—¿Qué ocasiones?

—Las que se ofrezcan.

—Pues yo te ofrezco una, hombre: gástala. Pero has de gastarla bien.

—Por supuesto.

—Pues venga de ahí.



- Pues compraría pólvora, y...
- No la compres, empecatado, que vas á quemarte y á darnos un susto á todos. Eso es malgastar la peseta. A ver tú, Pepito, qué uso harías de ella.
- Yo compraría un real de caramelos, y... nada más.
- Te sobrarían tres reales, y hay que gastar la peseta.
- Pues compraría dos.
- Te sobrarían otros dos.
- Pues compraría tres.
- Aun te sobraría uno.
- Pues compraría los cuatro.
- ¡Cuatro reales de caramelos!
- Así habría para que chupáramos todos.
- No quiero que seáis tan chupones, que el mucho dulce embarga el estómago y arruina la dentadura, sobre ser una dilapidación y hasta un cargo de conciencia gastar en caramelos, un niño, una peseta, cuatro reales, ¡cien céntimos! Y tú, Manolo, ¿qué harías con una peseta?
- Yo me suscribiría al *Camarada*, compraría papel y plumas, *etcétera*.
- Buen empleo; sino que, estando ya tu hermano suscrito al *Camarada* y teniendo yo aquí papel y plumas para vuestro consumo, sería un gasto superfluo. Sin embargo, es buen empleo, salvo la *etcétera*: no sea que hayas querido comprar aquí pólvora ó caramelos.
- Nada de eso.
- Pues ¿qué es esa *etcétera*?
- Un *conómetro*.
- ¡Santo Dios! ¡Un cronómetro! ¿De oro ó de plata?
- De *níquil*.
- De níquel, querras decir; y, aun así, menos de cinco ó seis duros...
- ¡Bah! Los hay de cinco céntimos.
- Entonces cabe en la peseta. Pero no la gastes en eso hasta ver si sale alguna cosa mejor. Veamos qué nos dice Teodoro.
- Teodoro era el primero de la clase, y no el último en ninguna parte, por inteligente, por aplicado, por bondadoso.
- ¿Qué harías tú, buen Teodoro, con una peseta?—le preguntó el maestro con voz trémula de emoción.
- Se la daría íntegra y besada por la cruz á Timoteo mañana cuando viniera, ó, con permiso de V., iría yo hoy á llevársela á su casa.
- Bien lo merece: es muy aplicado.
- No por aplicado, señor maestro: por pobre.
- Es verdad.
- No tiene trabajo su padre, y ayer les faltaba pan: no tiene salud su madre, y siempre les sobran lágrimas.
- El maestro le abrió los brazos y le besó la frente enternecido.
- ¡Bendito seas! Esa peseta es tuya, pues no puede aplicarse á mejor destino. Llévasela al pobre Timoteo para que hoy siquiera no falte pan donde sobran tantas lágrimas. Pero no vayas tú solo: vamos todos, que quiero yo también santificarme como tú llevándoos el pan de mañana.

CECILIO NAVARRO





## — NUESTROS GRABADOS —

### GUILLERMO Y SU PIE

Cuando la hermana de Guillermo molestaba á éste en lo más mínimo, tenía la costumbre de darle un puntapié, y su mamá le dijo que le castigaría cuando lo hiciese otra vez.

Pero el chico olvidó la advertencia y no hizo aprecio de la amenaza, pues al día siguiente hizo lo mismo. Su mamá, que le miraba desde la ventana, le llamó al punto.

— ¿No te he dicho, —le preguntó,— que te castigaría si pegabas otra vez á tu hermana?

— Sí, mamá.

— Pues bien: vete ahora al comedor y espérame allí,

— La mamá bajó al jardín á recoger varias yerbas, y cuando fué en busca de su hijo encontróle llorando y quejándose de que le dolía el pie.



Una florecencia extraña

— Ya sabía yo que iba á suceder esto, —le dijo,— y por esto traigo estas yerbas para aplicarte una cataplasma.

El pobre Guillermo hubo de resignarse, y cuando le curaron el pie fué á echarse en el sofá, donde al fin se durmió, haciendo el firme propósito de obedecer á su mamá, guardándose, en lo futuro, de pegar á hermana.

### LOS PATOS

Éranse seis patos de la especie más hermosa que se puede imaginar. Uno de ellos tenía una pluma rizada en el dorso, y al parecer dirigía á los demás, dejando oír á cada momento su extraño cacareo: *quack, quack, quack*.



Casi diariamente veíaseles cruzar el prado uno tras otro; y si alguno se separaba de la línea, el que hacia las veces de capitán obligábase a seguirla de nuevo. Aquí cogían una langosta, allá un renacuajo; y cuando se cansaban de andar por tierra firme, precipitábanse en un estanque ó en un pantano, no sin que el jefe diera la orden antes, produciendo su monótono *quack, quack, quack*.

¡Que felices eran estos patos en su tranquila existencia, y cuántos pobres mortales hubieran podido envidiársela!



Los manzanos

### PRESUNCIÓN

De mi papá ved aquí la favorita,  
porque dicen que soy la más bonita.

### EL RATONCITO

Cierto día, cuando comenzaba á oscurecer, un ratoncito quiso hacer una excursión para buscar algo de cenar; y por un agujero introdujose en una elegante habitación donde un anciano estaba escribiendo. Junto á la chimenea había algunas virutas y pedazos de papel para encender fuego á la mañana siguiente. En uno de estos últimos el ratoncito encontró unas migas que le parecieron muy buenas; pero esto no le bastaba, y siguió buscando alguna golosina. De repente, había un fósforo junto á uno de los papeles, y, como no sabía lo que era, mordió el mistic, lo cual produjo una llama que le deslumbró, haciéndole emprender rápidamente la fuga hacia su agujero, adonde llegó sano y salvo.



de la  
una  
an-  
mo-  
ubie-

Si no hubiera habido nadie en la habitación, seguramente se hubiera prendido fuego, porque la llama se comunicó á un papel y después á una viruta; pero el anciano lo recogió todo en la paleta y arrojólo todo en la chimenea, no pudiendo menos de sonreirse al observar la ligereza del ratón.

### LOS TRES PESCADORES

Tres muchachos, Ricardo, Antonio y Tomás, resolvieron embarcarse en un ligero esquife, cierto día de primavera, para ir á pasear. Ricardo llevaba los anzuelos, Antonio el cesto, y Tomás hacía las veces de piloto. Tan distraídos iban, contemplando el movimiento de las olas, que á Ricardo se le escaparon las lombrices que llevaba en un bote, mientras que con sus



Los manzanos

largas cañas espantaba á cuantos peces se aproximaban; y ya se habían alejado bastante de la orilla, cuando un marinero que iba en una lancha les obligó á volver á tierra, demostrándoles el peligro á que se exponían con tanta imprudencia como temeridad.

### UNA FLORESCENCIA EXTRAÑA

par  
de m  
os d  
to en  
cand  
bía l  
pres

Una mañana de primavera, Dorotea y Juanito tomaron el camino del jardín de su abuelo, donde había muchos manzanos y perales, para que les diesen alguna fruta. Poco antes de llegar, Juanito fijó su atención en un arbusto que se movía; y poseído de curiosidad, acercóse con su hermanita para ver lo que era, pues parecíale muy singular que las flores se moviesen solas. No fué poca su sorpresa al divisar un gatito que apenas se podía mover y que



mayaba lastimosamente: tenía una espina clavada en un pie, y al parecer no le era posible saltar.

—¡Vaya una flor extraña!—exclamó Juanito.—¡Pobre gatito!—añadió.—Y apoderándose del animal, llevóle á su casa para curarle y conservarle largo tiempo.

### LOS MANZANOS

Gustavo y Cristina, dos niños alemanes, fueron á vivir en un caserío inmediato á un puente, y á los pocos días se les envió á la escuela. En el camino por donde debían pasar diariamente, había un jardín lleno de manzanos; y los niños los miraban siempre, experimentando vivos deseos de comer un poco de aquella fruta.

—No debéis penetrar en el jardín,—les dijo su madre,—pero si alguna de las manzanas cayese en el camino, no habrá inconveniente en que las cojáis.

Uno de los árboles estaba tocando el camino, elevándose sobre la pared del jardín, y ostentaba su sabroso y brillante fruto. Los niños se paraban siempre delante del árbol y decían:—Hermoso manzano: deja caer un poco de tu fruto en el camino.

Pasaron algunos días y las manzanas iban creciendo, pero sin caer nunca. Algunas se desprendían de la rama, mas quedaban dentro del jardín, de modo que Gustavo y Cristina comenzaron á creer que el árbol no les daría nada.

Cierto día el amo estaba en el jardín cuando los niños pasaban, y oyóles decir:—Querido manzano: ¿cuándo nos darás un poco de tu fruto?—Al oír esto el buen hombre tiró algunas manzanas al camino, y al verlas Gustavo y Cristina precipitáronse sobre ellas, exclamando:—¡Gracias, querido árbol!

El dueño del jardín no pudo menos que reírse; y habiéndose informado sobre quiénes eran aquellos niños, supo que pertenecían á una pobre aunque honrada familia, establecida hacía poco en la ciudad. Desde entonces se complació en tirar algunas manzanas sobre la pared cuando los niños pasaban; y cierto día, saliéndoles al encuentro, díjoles que podían ir todos los sábados á coger tantas manzanas como quisieran, ofrecimiento de que los niños se aprovecharon, mostrándose muy agradecidos.



### LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Fanny tomó el libro cuando el Sr. Folingsby hubo salido, pero no lo abrió; y se decidió á devolvérselo inmediatamente. En seguida le escribió una carta que iba á envolver juntamente con el libro, cuando la Sra. Hungerford entró con sus niños. Gustavito, viendo un tomo que no conocía, abriólo y comenzó á hojearlo. Entre las dos primeras páginas había un billete de banco de cinco libras esterlinas. El niño dobló la hoja y encontró otro billete de banco, prorrumpiendo entonces en un grito de sorpresa. Acercóse la Sra. Hungerford, y, tomando el libro de manos de su hijo, echó de ver que había un billete en cada hoja. Contó más de veinte mientras Fanny estaba ocupada mirando los me-



todos de música de los niños. En el reverso de la portada aparecía escrito el nombre de Felipe Folingsby; lo cual, dejando sorprendida á la Sra. Hungerford, hizo que interpelase á Fanny en estos términos:

—Rico regalo os ha hecho mi sobrino, Fanny, y confieso que no me atrevo á indagar las razones de su generosidad.

—Señora,—dijo Fanny, ruborizada;—no es ningún regalo. El Sr. Folingsby no ha hecho más que prestarme este libro, é iba á devolvérselo cuando habéis entrado.

—¿E ibais á devolvérselo tal y como os lo ha prestado?

—Sí, señora... Pero ¿por qué parecéis dudar de mi sinceridad?

—Fanny: ¿habéis leído este libro?

—No, señora.

—Entonces ignoraréis que está lleno de billetes de banco... ¡Ved!—Y la señora Hungerford, sacudiendo el libro, hizo caer una gran cantidad de *bank-notes*.—Explicadme este misterio.

Fanny no sabía qué responder. Viendo la mesa cubierta de billetes de banco, comprendió la intención del Sr. Folingsby. Sonrojóse de vergüenza é indignación, pero se contuvo, y su confusión aumentó á medida de la vivacidad de las preguntas de su ama. Fanny no quería descubrir la conducta del joven y quejarse á su bienhechora del comportamiento de un pariente á quien tanto cariño profesaba; pero no quería tampoco dejar formarse sobre su propia conducta sospechas injuriosas para su honor. En vano buscaba, sin embargo, medios de disculparse sin acusar al joven seductor. Por fin, acabó por romper en sollozos.

—¿A qué ese llanto y ese silencio?—replicó la Sra. Hungerford.—¿Dudáis de que yo no os haga justicia si la merecéis?... Vamos: hablad. Yo le quiero á mi sobrino, es verdad; pero os debo muchas atenciones por vuestro comportamiento con mis hijos desde que os los he confiado. Decidme, pues, sin temor alguno, si tenéis algún motivo de estar quejosa del Sr. Folingsby.

—¡Oh, señora! ¡Yo os doy mil gracias por vuestras bondades!—dijo Fanny.—No quiero quejarme de nadie. No quisiera por nada del mundo ocasionar la menor desavenencia entre vos y vuestro sobrino. Vale más que os deje,—añadió la pobre niña sollozando.—Sí: ved lo mejor que puedo hacer.

—No, Fanny: no os iréis sin darme la explicación de todo lo que ha pasado. De otra manera vuestro silencio no podría ser interpretado en honor vuestro.

—Pues bien, señora: os ruego tengáis la bondad de entregar vos misma este libro y estos billetes de banco al Sr. Folingsby. Os quedará muy reconocida de tomar, al mismo tiempo, esta carta que acababa de escribir cuando habéis entrado, y que iba yo á envolver con el libro sin haberlo abierto. Ahora que ya sé lo que contiene, no quiero cambiar en nada mi respuesta. La dejaré, pues, tal como la he escrito.

La Sra. Hungerford, por delicadeza, entregó la carta á su sobrino sin leerla. Estaba concebida en estos términos:

(Se continuará)





## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

## Rombo

C  
R e s  
C é s a r  
S a l  
R

## Tercio de sílabas

Trajano, Jacinta, Nolarío.

## Adivinanza

La pulga

## Criptografía

Amor á Roma

## Charadas

Limadura, Dolores, Alacena, Roquete, Cabeza.

## + PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +



## LOGOGRIFO

- 1 2 3 4 5 6 7 = Nombre de una flor.  
4 3 6 5 6 2 = Id. id. mujer.  
3 6 5 5 7 = Medida.  
1 4 5 6 7 = Nombre de mujer.  
5 6 3 2 = Herramienta.  
3 6 5 = Cantidad.  
5 2 = Nota musical.  
1 = Consonante.

MERCEDES PEÑA

## CARTA CHARADÍSTICA

M... 10 de febrero de 1888.

Mi caro amigo Autoñito: Hace tiempo recibía todos los números del periódico EL CAMARADA, y leía con sumo placer los artículos que escribías en él, porque eran muy instructivos y muy entretenidos. Dime si aun te ocupas en eso; porque, *todo* de lo que escribas, ello fué la causa de que hiciese un viaje al *tres cinco cuatro* en un ligero bergantín. Un día, *cuatro cinco* en la *dos una*, vi que el capitán recibió un golpe. Fuíme hacia él, le coloqué un *prima tercera cuatro cinco*, un hilo *cinco tres*, con ligereza lo *primera cinco*, y *primera cuatro* quedó sin dolores y agradecido, porque hice en *dos* de él cuanto pude.

En aquel punto gané mucho dinero, pero me resfrié;

y, como *cinco cuatro* bastante, me vine, en otro bergantín, al *prima cuatro primera*, y me hospedé junto á *tres cuatro cinco*; y aquí me tienes para lo que gustes mandar á tu siempre fino amigo,

Dos cinco, diables!

ISAURA ZALDO

## FUGA DE CONSONANTES

i.e. .ua.o .e.o e .a.ua  
.e. a.o. e. e. a..oo  
e. .o.a.o. .e.e .e.e  
.a .a.e.a .o.o .o.o

LUIS R. MAGAS

+ Las soluciones en el número próximo +

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACIÓN:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA





SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

12 de mayo de 1888

Núm. 28



LA NIÑA Y EL GATO

Ayuntamiento de Madrid